

Ruborizóse Lorenza, se contuvo, y terminó su obra sin volver los ojos hácia el peligroso retrato. La condesa entró, y dijo alegremente á Isela:

—Vengo á verte en tu gloria.... Y la abrazó tiernamente. Estás muy bien: te sienta á las mil maravillas ese vestido:

no está casi escotado, no: esta bien, bien; y podrias, sin embargo, si quisieses seguir los estravíos de la moda, porque la señal de tu nacimiento en los hombros está muy borrada hoy.

Estremecióse Lorenza: la condesa continuó.



Lorenza y Ana su nodriza.

—Ven, niña mia, nos está aguardando tu padre; tendremos, lo espero, una noche muy agradable. Toma tu abanico, tus guantes... Marchemos.

Y salieron sin decir una palabra á Lorenza, olvidándose probablemente de que Lorenza se hallaba allí.

SEGUNDA SERIE.—1861.

Penetrado el corazón de mil dardos, corrió hasta su cuarto, cual á un lugar de refugio, y allí se entregó á todo su dolor. Lloró á la vez el rango, la fortuna, los afectos de familia, todo lo que había perdido: lloró su eterna soledad, su desolado porvenir, y conoció que sus fuerzas desfallecían

AÑO XIX. 9.

en aquella lucha de todos los días, y que el recuerdo que ella llevaba en su pecho la agobiaba con su peso. Sus lágrimas, secáronse al fin, como las de los niños por su mismo esceso, y trató de calmarse con una piadosa lectura.

Abrió la vida de los santos, siguiendo el orden acostumbrado de los días; estamos en el 15 de enero, y el registro marcaba la vida de San Juan Calibita.

Devoró Lorenza aquellas singulares é interesantes páginas, y encontró relacion con su propio destino. Juan era hijo de un patricio de Constantinopla; en una edad todavía muy tierna, huyó al desierto, y vivió allí largo tiempo con la vida eremítica; pero el deseo de volver á ver á sus padres, le atormentaba ardientemente. Abandonó su convento, y fué bajo los harapos de un pobre á sentarse á la puerta del palacio paterno. Sus padres no le conocieron, y concedieron á aquel pobre forastero el permiso de habitar una covacha, practicada debajo de la escalera. Todos los días le hacían llevar alimento de su mesa. Juan vivió así muchos años en la oración y en la mortificación: no tenía mas que una alegría: la de ver desde lejos á sus padres cuando atravesaban el vestíbulo de su opulenta mansión. Cayó enfermo; conoció que su última hora llegaba: llamó á uno de los criados y le entregó un libro de Evangelios, ricamente encuadernado, único tesoro que había conservado en su voluntaria pobreza, rogándole que lo llevara á la señora de la casa, y la dijese que el pobre forastero le daba las gracias, y se recomendaba á sus oraciones. Apenas la señora hubo visto el precioso manuscrito, cuando exclamó:

—Yo he dado otro igual á mi hijo Juan; y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí corrió con su marido á la covacha del forastero, y los dos reconocieron demasiado tarde á su hijo en aquel pobre moribundo: los alargó las manos; le cubrieron de besos y de lágrimas, y espiró alegre entre sus brazos.

Sus padres convirtieron su casa en una magnífica iglesia, y el Señor obró muchos milagros sobre el sepulcro del santo solitario.

—¡Ah! ¿No tendré yo este valor? se dijo Lorenza: además, el bienaventurado Juan no veía su lugar ocupado por otro en el hogar paterno.

Reflexionó largo tiempo, le pareció que la soledad, la entera separación del mundo, podía solo poner un término á sus combates, garantizar su promesa, y convenir á su posición difícil y extraordinaria. Desde aquel instante tomó su resolución; reflexionada y decidida cogió en el cofrecillo negro la carta de su padre; la quemó con cuidado, y después de haber destruido aquella prueba de su nacimiento, después de haber hecho aquel nuevo sacrificio á su conciencia y á la religión del juramento se durmió en paz.

IV.

DIEZ AÑOS DESPUES.

—Hermana San Juan, nos llaman á asistir á un enfermo; nuestra madre superiora os da obediencia para ir allí. El carruaje está á la puerta.

—Voy, hermana mía.

La hermana enfermera se levantó inmediatamente, dejó la labor, y salió de su celda, que no tenía mas adorno que

dos estampitas, representando la una á Nuestra Señora del Buen Socorro, y la otra á San Juan Calibita, muriendo en los brazos de su madre. Esta palabra *Calibita* viene de una palabra griega que quiere decir, *pequeña covacha*. Bajó la escalera y subió en el carruaje de una familia que desolada había enviado á buscarla.

Nadie hubiera reconocido después de diez años á la bella Lorenza en aquella religiosa tan pálida, bajo la santa toca, tan ajada por las veladas, las fatigas y los nobles trabajos de la caridad; la belleza sola del alma resplandecía todavía en sus alteradas facciones. Hacía diez años que con la mayor abnegación había prodigado infatigable á los enfermos toda clase de cuidados, sus fuerzas y su vida; sus noches y sus días se habían pasado en aliviar padecimientos; en velar agonías de extraños; sin familia sobre la tierra, se había hecho una de todos cuantos sufrían; nadie se acordaba de Lorenza; empero los pobres y los ricos de París conocían á la hermana San Juan, la enfermera, la hermana del *Buen Socorro*.

Pasaba entre sus dedos las cuentas de su rosario, mientras el coche se dirigía al trote de dos caballos hacia la calle de Santo Domingo. Se abrió una puerta cochera; entró el coche en un patio enarenado, y se detuvo delante de una ancha escalinata.... la hermana San Juan alzó los ojos, y se puso mas pálida que de costumbre... Acababa de reconocer la casa del conde de Breat.

—¡Oh, mi querida hermana! dijo una ama de gobierno, anciana, que parecía muy triste; venid pronto; la señora está mala.

Resonaron aquellas palabras en el corazón de la religiosa.

—¿Es la señora condesa? dijo con una voz trémula, subiéndola la escalera.

—Sí, hermana... un ataque de apoplejía... y su hija la señora de Volbers, no se halla aquí: está en Viena con la familia de su marido. El señor conde está solo... ¡Qué dolor, Dios mío!

La hermana San Juan apenas podía sostenerse; con paso vacilante entró en la alcoba que tan bien conocía.

Un triste espectáculo se presentó á sus miradas. Sobre el lecho descansaba la condesa con los ojos cerrados; el color pálido y amortiguado; parecía estinguida la vida en ella; solo sus manos errantes sobre la ropa de la cama anunciaban que no se había terminado aun la última lucha. El conde, sentado á la cabecera de la cama, miraba con una dolorosa atención á su mujer, y las lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas, lágrimas de anciano, saliendo de un corazón profundamente desconsolado. Sobre la mesa de noche estaban esparcidos varios pomos de sales y botellas de medicina ya inútiles. En el fondo de la alcoba se hallaba un improvisado altar que había servido para la administración de los sacramentos; porque la enferma atacada de un golpe súbito y mortal, había recibido casi á un mismo tiempo los primeros cuidados de la medicina y los últimos socorros de la religión. Abarcó Lorenza de una ojeada aquel aflictivo cuadro, y por un pronto movimiento vino á colocarse de rodillas á los pies de la cama. El conde la miró y la reconoció inmediatamente.

—¡Qué, hija! ¿sois vos? dijo.

Aquella palabra de afecto, *hija mía*, la conmovió hasta el fondo de las entrañas. Cogió la mano de su madre y la besó inundándola de lágrimas.

—¡La llorais! dijo; ella era tan buena... os quería tanto... Y mi pobre Isela que no está aquí...

Redoblóse la ternura del anciano al recuerdo de su hija. La hermana San Juan había tocado una de las manos de la moribunda; la besaba también, orando con ardiente fervor.... Una amarga alegría llenaba su corazón al verse sola entre su padre y su madre, dándoles los testimonios de amor de una hija tierna y respetuosa.

—¡Oh, Dios mío! decía entre sí. ¡Me habeis reservado esta hora! ¡Bendito seáis vos que habeis preparado semejante consuelo á mi sacrificio!

Pasóse así la noche última: hacía el amanecer la señora de Breat, murió pacíficamente entre los brazos de su marido, y acompañada hasta el cielo por las ardientes oraciones de su hija. La hermana San Juan la tributó los últimos deberes, y sola con la que le debía la vida, pudo entonces abrazarla con libertad por la primera y última vez.

Cuando todo hubo terminado, cuando estuvo pronta para dejar la casa del conde de Breat, llamada á otra parte por los imperiosos deberes de la obediencia y de la caridad, fué á despedirse del conde, y se puso de rodillas delante de él, diciéndole:

—Señor... mi protector... mi padre... dadme, os suplico, vuestra bendición.

—¡Hija mía, respondió éste asombrado; no soy yo el que os debe bendecir... sois una santa agradable á Dios... pero, pues que lo queréis, que la bendición de un anciano caiga sobre vuestra cabeza!

Inclinóse bajo la mano paternal, y se separó del conde, á quien pensaba no volver á ver mas; empero se equivocaba.

Un inexplicable atractivo condujo hacia ella al anciano, que, privado de su mujer y de su hija tenía necesidad de apoyo y de afecto. Trató de volver á ver á la que con él había compartido las angustias de una funebre noche. Muy pronto no pudo hallarse sin su presencia y sus cuidados. Iba á verla; la confiaba sus limosnas; la hablaba de Isela; ella le miraba, le consolaba y le hablaba del cielo; él la llamaba siempre su hija, ella se atrevía algunas veces á llamarle su padre; y sin que jamás hubiese vendido ella su secreto, gustó la dicha de ser la última alegría, la suprema felicidad de aquel padre tan querido. Entonces no tuvo ya nada que envidiar á Isela, y todos los días bendijo á Dios que la había concedido la doble corona de una vida sin mancha y de un gran sacrificio.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

DICHA COMPRADA.

Hace unos cuantos meses, que huyendo del calor que se disfruta en la corte y no queriendo dirigirme á ninguno de esos puntos frecuentados por la sociedad que la abandona en la estación de verano, llevándose consigo sus fiestas y placeres, me encaminé á una pobre aldea recostada en la falda de la sierra que me ofrecía fresca temperatura, ricos y variados panoramas y la paz y dulce soledad que anhelaba mi agitado espíritu.

Al encontrarme en medio de aquella naturaleza virgen,

al admirar á mis pies dilatadas vegas de frondoso césped y pintadas flores; al contemplar ante mí la elevada sierra que parecía esconder su cima entre las mis mas nubes y al verme rodeada de sencillos aldeanos que se encaminaban con la aurora á sus faenas y volvían al morir la tarde con sus aperos y sus mulas de labor entonando alegres cantares, mi corazón se dilataba, mis ojos se elevaban con reconocimiento al cielo y murmuraban mis labios:

—¡He aquí la verdadera dicha! En éstos sitios en que todavía se conservan las costumbres de nuestros padres, aquí donde no se enseña á los niños á mentir ni disimular, aquí donde cada uno vive contento con su suerte, es donde se aprende á conocer á Dios y servirle.

Tal era la exclamación que á cada instante lanzaba mi alma, y en el mancebo que alegre recogía el grano, y en la zagala que contenta trasportaba los cántaros, y en el anciano que se quitaba reconocido su ancho sombrero al pasar ante la iglesia de la aldea, contemplaba yo otros tantos modelos de virtud desconocidos en las grandes ciudades.

A los pocos días de permanencia en aquella pintoresca aldea conocía yo á todos sus habitantes, con todos hablaba y en breve formé parte de la reducida tertulia que en las primeras horas de la noche reunía en su casa el alcalde, y pasaban el rato en el invierno jugando á la treinta y una y en el verano charlando en el espacioso portalón.

Era el alcalde hombre que contrastaba con la rústica simplicidad de sus convecinos, por su ameno trato, su no vulgar instrucción y sus maneras naturalmente distinguidas fruto de sus frecuentes viajes á la corte: estaba en esa edad en que se tiene ya experiencia de la vida sin ostentar el cabello cano, y á esa experiencia y á su claro talento debía sin duda el considerarse feliz en su pueblo natal con medianos bienes de fortuna, su mujer, señora muy recogida y cristiana, dos preciosas niñas hermosas como buenas y su vara de alcalde que manejaba con llaneza y rectitud.

Estábamos una noche sentados en círculo como de costumbre los contertulios, la conversacion giraba sobre diversos asuntos de interés local, y en tanto las niñas de la casa saltaban sobre mis rodillas distrayéndose con sus cariños: de repente la campana de la iglesia con el toque de ánimas corta la conversacion, dándole al punto otro giro.

—A la cama, niñas, exclamó la alcaldesa disponiéndose á llevarse las niñas.

—Otro poquito, otro poquito, dijeron á un tiempo las dos.

—¡Imposible! Mañana no queréis madrugar y ya sabéis que al que madruga Dios le ayuda.

Las niñas no replicaron: se despidieron de mí con un beso cariñoso, fueron asimismo despidiéndose de los demás circunstantes, y por fin se dirigieron ambas á su padre que las sentó en sus rodillas, las cubrió de besos y las dejó marchar volviéndose las dos desde la puerta á mandar otro besos á su padre en las puntas de los dedos diciendo:

—Para tí, señor alcalde.

Lo cual hizo prorumpir á todos en una carcajada haciéndolo asomar una lágrima á los ojos de la autoridad.

—¡Qué hermosas! exclamó uno.

—Retrecherías es lo que ellas saben, dijo otro.

—¡Son la alegría de la casa! añadió su padre.

—Os harán muy dichoso, exclamé yo.

—Cierto, me dijo: al contemplarlas comprendo que la di-

cha no es tan estraña para los mortales como suele suponerse.

—Si, para el que, como vd., tiene la suerte de encontrarla, murmuró un señor ya machucho y regordete conocido en el pueblo por su carácter escéntrico y sus muchos dobleces, que dando vueltas á un grueso baston entre sus manos ocupaba uno de los sitios preferentes de la tertulia.

—Es verdad, señor don Rufo, exclamó una señora alta, enjuta, y de espresion desapacible, no es la dicha para el que la busca, sino para el que la encuentra.

—Tiene razon Gila, añadió otro personaje, nombre como de cuarenta años, pálido, flaco, marido de la señora que acababa de hablar, y eco siempre de sus últimas palabras.

—¿Qué ha de tener! dijo con suma gravedad otro personaje que con su muger formaba parte de la reunion; yo me propuse encontrar la dicha y mi casa es un nido de ventura. ¿No es verdad? exclamó dirigiéndose á su consorte que le contestó con un gesto desapacible, al tiempo que dos mugeres que á mi lado estaban murmuraron, no tan bajo que no llegase á mi oído:

—Anoche no quedó trasto sano en su casa.

—¿Como de costumbre!

—Pues no señor, continuó don Rufo, no á todos otorga Dios la dicha que apetece.

Unos negaron lo que decia don Rufo, otros por el contrario lo apoyaban, promoviéndose una discusion acalorada en la que solo dejamos de tomar parte, Rosa, muchacha fresca y sonrosada que estaba enfrente de mí y no parecia dar á la cuestion la importancia que merecia, y yo que observaba á todos en silencio. Por fin, don Antonio, que asi se llamaba el alcalde, exclamó dando término á la cuestion:

—Es un error. El Eterno no niega la felicidad á ninguna de sus criaturas siempre que estas para encontrarla elijan por compañeros á la virtud, al buen proceder: ellos guían á la felicidad que el Hombre-Dios nos anunció al decirnos: *buscad y hallareis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá.*

Todos lanzamos exclamaciones de alabanza y gratitud al que nos dejó tales frases de esperanza y consuelo, escepto don Rufo y doña Gila. Terminado el diálogo, fuimos despidiéndonos del alcalde hasta el día siguiente, dirigiéndonos cada uno á nuestra casa.

Al pasar el dintel de la puerta apercibí mi oído la voz agreste de doña Gila que decia á su marido:

—¿El como es rico!

Y la de don Rufo que murmuraba:

—¿Si se comprase la dicha!

Mientras yo, lanzando un suspiro murmuraba con amargura:

—¿Tambien en las aldeas se miente, se murmura, y se desconoce la bondad de Dios!

II.

¿Cuántas veces en esas tristes horas en que el espíritu decae y el alma desfallece, en esos días en que el corazón, presa de amargo dolor, se comprime cual si quisiera robarnos el aliento que nos dá la vida; en esos días en que el pensamiento encerrado en estrecho círculo de dolor da solo cabida á pensamientos tristes, habremos hecho la misma reflexion de don Rufo!

La dicha no existe por igual para todos.

¡Siempre nos complacemos en aumentar nuestro dolor!

Corta en nuestros lábios la sonrisa la vista de un espectáculo triste, y al punto nuestra mente recuerda cien ejemplos dolorosos, y nuestro espíritu se abate como si nuestros ojos vieran por dó quiera solo desdichas.

Arranca á nuestros ojos una lágrima un desengaño de amistad ó cariño, y parece que para siempre huye la alegría de nuestro corazón, que la naturaleza nos niega sus encantos, la humanidad sus consuelos, y hasta el Ser Supremo su visible proteccion.

Tal es nuestra condicion mezquina,

En vez de buscar consuelo al dolor no perdona medio de agravarle: en vez de procurar el remedio que la Providencia coloca siempre al lado del mal, desconfiar de ella y correr en pos de nuevas desdichas.

Quién no ha desoido la voz de la razon cuando era víctima de un dolor violento, lanzando acaso la exclamacion impía de don Rufo:

¿Si se comprase la dicha!

¡Ay! si en alguna otra ocasion el alma misma que tal exclamacion lanzase, se tomara el trabajo de averiguar el origen de la alegría que experimenta, comprenderia á qué poco precio se compra el bien que llamamos *dicha*.

Entonces apreciaria la sabiduría del Eterno que supo crear junto á las plantas venenosas yerbas que dan la salud, y al lado del jaramago pintadas flores, dándonos inteligencia para que las distingamos y busquemos.

Feliz el que encuentra en sí mismo valor y fortaleza para ir poco á poco apartando los jaramagos y cogiendo las flores con que Dios sembrara su camino: si en su precipitada marcha confunde todas las plantas hollándolas bajo su pie, suya será la culpa de que su ambiente carezca de perfumes y no recreen su vista los matices de las flores.

III.

A las pocas noches estábamos todos como de costumbre reunidos en casa del alcalde, y muy preocupados con un suceso acaecido en el pueblo aquel mismo día.

—¡Infeliz! exclamaba la compasiva muger de don Antonio.

—Pero ¿cómo le dieron con tal precipitacion la noticia?

—Por ignorancia, por aturdimiento. Al ver á Pedro tendido en el campo, víctima sin duda de mano alevosa, no reflexionaron que su muger, que el día antes habia dado á luz una niña, no podria resistir la noticia de su desgracia, y en efecto, hace media hora que yo salí de allí, y no habia esperanza de salvarla.

—¿Pobre esposa!

—¿Pobre madre!

—¿Y la niña? exclamó otro de los circunstantes.

—La niña, continuó el alcalde, se ha hecho cargo de ella una vecina que está criando y la alimentará en tanto que se la envíe á la Inclusa, si Dios, como es creible, la priva de su madre.

—¿A la Inclusa! exclamaron algunas mugeres.

—¿Pobre María! añadió Rosa.

—¿Y la mandareis á la Inclusa? continuó indignada la muger del alcalde.

—¿Y qué hemos de hacer, hija mia? Hoy ha sido uno de tantos días en que el cargo que desempeño hace asomar

lágrimas á mis ojos. De buena gana recogeria á la pobre reciennacida, pero tengo dos hijas, pocos bienes de fortuna, y tendré que ser para ese angelito alcalde sin corazon.

—¡A la Inclusa! ¡mas valia que Dios se la llevara tambien!

—Hé ahí lo que yo decia la otra noche, exclamó con amargura el señor regordete á quien llamaron don Rufo; esa pobre niña que apenas viene al mundo pierde á su padre y á su madre, que tiene que vivir de la caridad pública, cómo podrá encontrar la dicha aunque la busque con afán? Vivirá siempre sola, sin padres, sin familia...

—¡Ay! señor don Rufo, no es siempre la familia la que proporciona la dicha, exclamó con su tono chillon doña Gila, si Dios la dejara bienes de fortuna...

—¿Qué habia de hacer con ellos á su edad? Su padre hubiera sido la mejor fortuna para ella.

—Por el contrario, dijo Rosa con candorosa naturalidad, yo creo que su madre será el mejor tesoro que Dios puede dejarle por ahora.

—Cierto, cierto, exclamamos casi todos, y en esto entró un mozo cabizbajo en el portal, que dijo al alcalde:

—Don Antonio, vengo á decirle á vd. de parte del señor cura que vaya vd. á casa de la Isidora á hacerse cargo de todo lo que hay allí, porque ella acaba de reunirse con su marido en el cielo.

Un silencio general acogió estas palabras.

El alcalde tomó su sombrero y su baston y salió con el emisario, mientras don Rufo decia:

—¡Pobre huérfana!

Y doña Gila.

—¡Pobre del que no es rico!

A lo cual contestaron con un suspiro su marido y con una graciosa mueca su hija política la ingénua Rosa.

IV.

Todos aguardábamos melancólicos la vuelta del dueño de la casa, que se verificó ya bastante adelantada la noche.

—¿Qué hay? exclamamos todos al verle aparecer.

—Lo que habia: que los dos esposos están en el otro mundo, y la huérfana confiada por su madre moribunda á la clemencia de Dios.

—¡Cómo!

—Pocos momentos antes de morir, la pobre madre, recordando que no tenia á quién volver los ojos, los volvió al padre de todos los mortales, diciendo: «Velad, Dios mio, por mi pobre hija.»

—Dios la habrá oído, dijo entonces la muger de don Antonio sin poder contener sus lágrimas, porque Isidora fué siempre buena hija....

—Y buena esposa.

—Y buena madre.

—Dios recompensará en su hija sus virtudes.

—Y dónde vaya esa niña llevará consigo la felicidad.

Estas exclamaciones fueron simultáneas, y despues de un momento de pausa, nos despedíamos todos, cuando una de las señoras que allí habia exclamó:

—Buenas noches, don Antonio, y procure vd. buscar padre á esa niña.

—¡Yo! exclamó sonriéndose el alcalde.

—Nadie está como vd. en el deber de hacerlo, exclamó don Rufo con jovialidad. Es vd. el alcalde....

—Si, pues mañana prometo á vd. habérsele buscado, exclamó despues de un instante de reflexion el alcalde.

Todos celebramos el proyecto, y á la noche siguiente exclamó don Rufo:

—¿Ha buscado vd. padre á la criatura?

—Si por cierto, replicó con acento firme el alcalde.

—¿Y quién se encarga de tan buena obra?

—¿Quién dará padre á un huérfano?

—¿Enjugará las lágrimas de un ángel?

—¿Y merecerá la bendicion de Dios?

—Una persona que vive sola y desgraciada, porque con toda su fortuna no puede comprar el cariño de la familia: una persona que blasfema de la vida porque no tiene á su lado un ángel que se la embellezca: nuestro amigo don Rufo.

Todos fijamos en él la vista con sorpresa, mientras don Rufo, saltando casi del asiento, exclamó:

—¿Yo, yo, que no me he casado por no sufrir las imperitencias de una muger y los lloriqueos de un chiquillo? Usted tiene sin duda gana de broma, exclamó un tanto amotazado.

—No en verdad, continuó don Antonio; pero despues de meditarlo mucho, me he convencido de que solo vd. puede en el pueblo hacer esa obra de caridad; vd. que no tiene familia....

—Porque no la he querido.

—Vd., que es rico....

—A nadie le importa.

—Por lo mismo, ¿no puede hacer feliz á otro?

—Con que es decir que vd., se aventuró á preguntarle la alcaldesa.

—¡Nunca! ¡nunca! contestó secamente don Rufo.

Nadie se atrevió á replicar, y solo Rosa, la hermosa niña que ya conocen nuestros lectores, murmuró:

—¿Con que irá á la casa de espósitos?

—Hija mia, exclamó don Antonio, he hecho cuanto he podido para impedirlo.

—¡Infeliz!

—¡Angelito!

—¿Y entre todos la dejan vds. salir del pueblo? continuó la jóven.

Un silencio general acogió estas palabras.

—Pues bien, continuó Rosa con su viveza habitual, yo me encargo de la niña.

—¡Tú! exclamaron todos los circunstantes.

—¿Qué estás hablando? exclamó fuera de sí su madrastra. ¿Eres tú acaso rica para encargarte....

—Trabajaré, y Dios nos protegerá á las dos.

—No hagan vds. caso de esta chiquilla, exclamaba con su voz áspera doña Gila, no sabe lo que se dice: es una loca.

—Si, si, es una loca, repetia su padre, eco siempre de las palabras de su muger.

Don Antonio, dominando la situacion, exclamó pausadamente:

—Tú, hija mia, no puedes encargarte del cuidado de esa niña, porque tiene necesidades que no puedes satisfacer; como por ejemplo: tú no puedes pagar una nodriza: pero Dios recompensará desde su altura tu noble resolucion, por mas que no la realices.

en todos los idiomas y países la primitiva expresión del corazón humano. El hombre puede hacerse sordo á toda palabra, insensible á todo nombre, pero siempre el nombre *madre* le oirá y le conmoverá. El hombre puede olvidarlo todo, incluso á Dios, pero nunca olvida á su madre, y en nuestras mayores calamidades es cuando la tenemos mas presente. Después de algunos años de haberla perdido, cuando ya nuestra vida camina á su fin, frecuentemente en la sombra que se proyecta delante de nosotros al ocultarse el sol creemos ver elevarse, coronada de luz pura, una imagen embellecida por los años, y subyugados por el encanto de un recuerdo, siempre joven, no podemos menos de esclamar: «¡Madre mía!» «¡Es mi madre!»

¡Ah! es que esta palabra es la mas natural y viva expresión de una cosa que no tiene igual en nuestros corazones; esa cosa que presta á la palabra madre el suave perfume que la embalsama, es el amor. La madre es en la tierra la mas dulce y perfecta personificación del amor: si en su boca vemos una dulce sonrisa, es porque su corazón guarda el mas rico tesoro.... El corazón maternal es la fuente productiva del amor.....

Así como la savia se introduce y estiende por las ramas del árbol para abrir las flores y preparar los frutos, así la madre comprende desde el momento que lo es, que el cariño debe partir de su corazón incesantemente para acabar de formar ese *sér*, que será algún día la flor mas bella de su vida, y con el tiempo el mas precioso fruto de su amor. «¡Ay! dice: ¡cuánto deberé amarle!» y su razón la contesta: «mucho, porque es un deber;» su corazón le grita: «mucho, porque es una necesidad;» y todo su *sér* en un arrebato de alegría esclama: «¡mucho, porque es una dicha!» Lo confieso: reconozco en mí un corazón y un alma, capaces de adivinar algo de ese dulce misterio, pero no encuentro palabras para expresarlo, á menos que no lo haga con estas, sacadas del fondo de mi pecho, y que valen y expresan mas que un discurso entero: *¡Madre mía!*

Pero este amor depositado en el corazón de las madres, fué colocado en él con un fin: no fué creado por solo la dicha de poseerlo y sentirlo. Si la madre tiene en sí la necesidad de amar como natural inclinación de su vida, consiste en que su vida misma tiene por ley soberana una cosa sublime, fecunda y difícil que no se puede cumplir sino á fuerza de amor, y es la *abnegación*. La maternidad se manifiesta á sí misma mas por sus dolores que por sus alegrías; y en esta mezcla misteriosa del dolor y del placer, reúne la madre las dos revelaciones que vienen á ser una sola; la revelación de la ley del amor y la del sacrificio: en una palabra, la madre siente que está llamada á amar mucho, porque está llamada á sacrificarse mucho, y Dios omnipotente, previsor y justo en todo y para todos, dió á la madre el amor con relación al sacrificio.

Esto es lo que da á la madre en la familia y en la humanidad una gloria incomparable; porque ella tiene la vocación especial de la abnegación. El padre ha recibido la autoridad para ejercer el poder; la madre el amor para ejercer el sacrificio. ¡El sacrificio! es decir, todo lo que hay de mas difícil y sublime sobre la tierra.

*Extractado de las Conferencias del P. Félix,
y traducido por FERNANDO MELLADO.*

TÚ.

Tú, á tí. No tiene nuestra lengua, tan rica y armoniosa, una palabra que sea á la vez mas dulce y mas dura, mas atractiva y mas repulsiva, mas amable y mas insolente.

¿Quién tiene la culpa? ¿Por qué hemos abandonado el uso antiguo? ¿Por qué, hablando con una sola persona, decimos tan pronto Usted, que es una corrupción del Vos, tan pronto Tú? Los griegos, los antiguos romanos, y hoy todavía todo el Oriente, y con ellos la razón, empleaban singular al dirigirse á uno solo, el plural al dirigirse á muchos. ¿Por qué hablamos nosotros de otro modo? ¡Eterna historia del orgullo humano, que corrompe las lenguas al mismo tiempo que corrompe los corazones! La lisonja, la adulación de los cortesanos, persuadió á los reyes que valían ellos solos tanto como otros muchos hombres. El servilismo atribuyó la misma prerrogativa á los grandes dignatarios; y poco á poco todo lo que se distinguía de la muchedumbre, reivindicó y obtuvo este honor. Consecuencia de la degradación del latín, consagraron los españoles el uso de dar á una persona única una apelación colectiva, y el *Tú*, franco y lógico de los turcos, de los árabes, de los romanos, etc., se convirtió para nosotros en el *Usted* ceremonioso y absurdo.

El tutear ha recibido en su misma supresión su castigo. ¡Cuánto capricho en el modo de emplearlo! La naturaleza no llevó á tutear los seres que nos rodean, y que viven en nuestra intimidad, nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros amigos de colegio, los animales de la casa. Hasta las niñas tutean á las muñecas y no las hablan de *usted* sino cuando hacen que las riñen ó las castigan.

Cesa el tutear cuando el afecto se mezcla con el respeto. Un niño trata sin dificultad y muy pronto de *usted* á las personas de mas edad que él. ¿Es conveniente acostumbrarlos á tutear á sus padres, ó debe impedirseles el tomar semejante costumbre? La etiqueta del antiguo régimen se hubiera sublevado al solo anuncio de esta atrevida cuestión; aquel régimen en que hemos visto que los hijos de los grandes de España, jamás hablaban á sus padres sino dándoles el tratamiento de Excelencia. Hoy la educación ha cambiado tanto al menos como la constitución de la familia. Es inmenso el número de hijos á quienes su padre y su madre les permiten tutearlos. La ternura aprueba y conserva este uso, pero la razón vacila y se inclina á condenarlo. En la familiaridad algo puede dañar al respeto, mientras que el respeto se concilia siempre bien con el afecto. No es bueno que hable un niño á sus padres como á sus camaradas, y que tenga con ellos menos consideraciones en el lenguaje que con los extraños.

No siempre el *tú* expresa el afecto y la efusión de la ternura, expresa también el orgullo; y así se ve á las gentes de gran mundo que se creen superiores á los que tienen la desgracia de servirlos, prodigar á sus criados un *tú* despreciativo y brutal.

Hay clases enteras como la de los Grandes de España, que en el mero hecho de obtener esta dignidad por tradiciones de familia y etiqueta, se tutean entre sí, aunque antes no se hayan conocido ni aun visto.

Por eso al comenzar este artículo hemos dicho, que *tú* era la palabra de nuestra lengua, mas atractiva y mas repulsiva á la vez, y la mas amable y la mas insolente.

MANUEL GUZMAN.